

Para Jaime Jusman.

C. 128
1973

Discurso de Monseñor Eladio Vicuña, Obispo de Chillán, el 18 de Septiembre de 1973, en la Catedral, durante el Estado de Sitio.-

En este día de tanta significación para la Patria, nos hemos reunido en el hogar común de los cristianos, la Catedral, para realizar una ceremonia religioso-patriótica. No es, precisamente, el tradicional Te Deum, que además de religioso es protocolar y festivo. Las especiales circunstancias que vive la Patria, aconsejaban, por ahora, romper tan venerable tradición para congregarnos en forma más espiritual y en un clima de ferviente plegaria comunitaria. Recojámonos en el interior de nuestros espíritus para meditar profundamente lo que Chile nos pide en el futuro y elevemos nuestros corazones hacia Dios en quien debemos poner nuestra esperanza.

En un brevísimo lapso de tiempo ha quedado atrás un período de la historia de Chile. Los acontecimientos se han producido con la velocidad del rayo. Se pretendió implantar en nuestra Patria una ideología que a algunos llenó de ilusión, pero que fué tenazmente resistida por la mayoría de los ciudadanos. Se quiso implantar un sistema de gobierno que a mí como Obispo no me corresponde calificar. Cada uno de los presentes ya tiene formado su propio juicio. Miremos hacia el reciente pasado para recoger lecciones y experiencias pero, sobre todo, miremos hacia adelante para considerar el camino que deberemos recorrer. No es mi ánimo hablar como un político, sino como un pastor de almas que señala a la luz del Evangelio los deberes que como cristianos tenemos para con la Patria.

Ante todo necesitamos amarnos. El odio ha sido como un cáncer que ha ido corrompiendo el alma nacional. No deben odiarse quienes nacieron bajo el mismo cielo, hablan la misma lengua, conocen la misma historia y besan la misma bandera. Sobre todo no deben odiarse quienes ostentan el nombre de cristianos y tienen como emblema la cruz que es una insignia de amor. Lamentamos que manos que debían haberse empleado en las nobles tareas de la producción y del progreso, se hayan ocupado tan intensamente a la fabricación de elementos de muerte para ultimar a sus hermanos. No queremos ver más a compatriotas corriendo con rostros enardecidos por la ira y portando garrotes y cadenas, bombas y fusiles para herir y matar. Debemos desterrar para siempre la violencia que insulta, que atropella, que pisotea el honor de las personas. Lejos de nosotros esa violencia que daña los edificios, rompe los cristales y emporca los muros. Hemos sentido patriótica indignación al ver permanentemente profanada nuestra bandera tricolor, en todo acto de violencia o ilegalidad. Recordemos la severa advertencia del poeta:

¡Ciudadanos!

Que no sea la bandera en nuestras manos
ni un ridículo juguete, ni una estúpida amenaza,
ni un hipócrita fetiche, ni una insignia baladí.

(Al pie de la bandera. V.D.Silva).

Debe desaparecer de Chile el terrorismo que es la forma más cruel de la violencia. Doblemente despreciable porque además de dañar vidas inocentes, se oculta en un cobarde anonimato. Que termine la lucha de clases, las odiosas diferencias sociales y las estériles controversias que han dividido a padres con hijos, a hermanos con hermanos, a compatriotas con compatriotas. Formemos una gran cadena humana en que cada eslabón sea un hermano unido a otro. Abramos las sagradas páginas del Evangelio para escuchar las palabras del Divino Maestro: "Amáos los unos a los otros". "Perdonad para que seáis perdonados". Cristo puso en nuestros labios aquella oración sublime que comienza diciendo: "Padre nuestro que estás en el cielo". Si Dios es nuestro Padre, somos todos hermanos y no enemigos.

Realicemos con renovado entusiasmo el trabajo que a cada cual le corresponde. Para que una nación progrese, cada ciudadano debe estar convencido de su obligación de trabajar. Los pueblos surgen cuando sus hijos son laboriosos, sacrificados, con espíritu de iniciativa. El trabajo es una demostración de sincero patriotismo. Es patriota el maestro que enseña, el sacerdote que moraliza, el médico que cura, el labrador que siembra, el obrero que construye. Es patriota todo aquel que desarrolla una actividad útil para la comunidad nacional. Son especialmente patriotas los soldados que defienden las fronteras y velan para que en Chile haya paz. Eminentemente patriótica es la misión del carabinero que resguarda el orden interno.

Para el cristiano el trabajo es una orden dada por Dios al hombre en el principio de los tiempos: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente".

Cristo trabajó manualmente hasta la edad de treinta años y durante los años de su vida pública realizó el excelso trabajo de cambiar el corazón del hombre con la doctrina de su Evangelio.

Sólo con trabajo los pueblos pueden prosperar. Quien habla, conoció una Alemania recién terminada la guerra, vió ciudades destruidas, templos y edificios convertidos en ruinas, industrias desaparecidas. En esa nación había hambre y falta de todo. Todo, menos el empuje y el espíritu de trabajo de sus habitantes. Chile mismo envió ropas y alimentos como ayuda al pueblo alemán. Hoy esa nación se ha levantado a la altura de las potencias más desarrolladas de la tierra. La he visitado en su esplendor actual y uno tiene que exclamar. ¡Oh milagro alemán, oh pueblo maravilloso por su tenacidad en el trabajo!

En el Chile del futuro esperamos que nuestros obreros trabajarán con tesón y entusiasmo y no serán obligados a abandonar las fábricas en horas laborales para asistir a concentraciones que nada tienen que ver con la producción.

Quisiera gritar con fervor patriótico en todo Chile: Compatriota, desde ahora las únicas armas que llevarás en tus manos son tus herramientas de trabajo.

Los verdaderos patriotas deberán actuar en toda circunstancia guiados por hábitos de sobriedad, honradez y moralidad.

Sobriedad para evitar, en adelante, el vicio funesto de la embriaguez que es fuente de incontables males. Se perjudica con él, la víctima de tan vergonzoso vicio, su familia y la sociedad.

Honradez en toda actuación. Una conciencia delicada deberá impedir todo negocio turbio, todo manejo doloso, toda ganancia subrepticia como recompensa de una gestión. Si todo ciudadano deberá ajustar su conducta conforme a la más acrisolada honradez, con cuánta mayor razón quienes servirán al país en diferentes reparticiones públicas.

Moralidad para que la vida de los ciudadanos sea limpia y digna.

Esperamos que la Autoridad efectúe una drástica campaña contra la pornografía.

La gente digna no desea ver más en todas las esquinas aquellas revistas pornográficas que corrompen a la juventud y degradan las costumbres de la ciudadanía. Si el veneno se pone lejos del alcance de los niños, ¿cómo poner ante sus ojos y en todas partes esas publicaciones indecentes, veneno moral para sus almas?

Será necesario, también, frenar la inundación de cintas cinematográficas cuyo único argumento es lo sexual.

No olvidemos los cristianos que somos discípulos de Aquel que dijo: "Bienaventurados los puros y limpios de corazón".

El pueblo tiene derecho a la justicia. Cuando ésta falta, se produce el malestar y grandes trastornos en la ciudadanía. Hagamos una Patria donde haya justicia para todos, sin odiosas discriminaciones, sin arbitrarios privilegios.

Un viejo adagio latino resume en dos palabras la definición de la justicia:

"Unicuique suum", a cada uno lo suyo.

El obrero debe ganar un salario que le permita un suficiente bienestar para él y su familia. La dignidad de la persona humana reclama un hogar que esté de acuerdo con esa misma dignidad. El derecho de propiedad es sagrado, regulado, naturalmente, por el bien común. El hombre que riega el campo con su propio sudor, debe estar seguro que nadie le arrebatará lo que legítimamente le pertenece. Las tierras de Chile son generosas para proporcionar el alimento a sus habitantes y por

eso no deseamos ver más a nuestro pueblo, especialmente a sufridas mujeres, enfiarse en forma humillante y vejatoria para conseguir alimento para sus hogares. Es una injusticia que clama al cielo el estar sujeto a la desnutrición y a sacrificios inauditos para conseguir el pan de cada día.

La libertad, la salud, el ahorro, la cultura, el descanso, son exigencias que a toda costa debemos procurar para los chilenos.

Todo lo descrito y mucho más, se encuentra magistralmente expuesto en las encíclicas sociales de los Papas.

"Rerum Novarum", "Quadragesimo Anno", "Mater et Magistra", "Populorum Progressio" son documentos que irradian meridiana claridad sobre la importante materia de la justicia social. No necesitamos los católicos salir en busca de doctrinas foráneas materialistas y ateas para hablar de los derechos de los oprimidos. Tenemos en casa la más avanzada y sabia de las doctrinas sobre tan importante materia.

Es incomprensible que personas que se dicen cristianas, jamás se impusieron del contenido de las Encíclicas sociales. Acudieron a la doctrina marxista, creyendo que sólo en ella encontrarían la inspiración para sus anhelos de justicia. Muchos lo hicieron o por ignorancia o por creer que era de buen tono aparecer como marxista o al menos simpatizante.

Misión esencial del nuevo Gobierno será dar a cada uno lo que le corresponda.

El Papa Juan XXIII, a quien con toda razón dieron el cariñoso apodo de "Juan el Bueno" exhortaba a todo el mundo para que se conociera la doctrina de la Iglesia frente a los problemas sociales y en Mater et Magistra dice: " Hoy más que nunca es indispensable que esta doctrina sea conocida, asimilada, llevada a la realidad social. Función ardua, pero nobilísima. Con ardiente llamamiento, invitamos a cumplir esta función, no sólo a nuestros hermanos e hijos esparcidos por todo el mundo, sino también a todos los hombres de buena voluntad". (Parte IV).

Un brusco cambio de Gobierno ha transformado la vida de la Nación. Todo ha sucedido con tal vértigo que aún no nos convencemos de la realidad. En el veloz desarrollo de los acontecimientos, la sangre ha humedecido el suelo de la Patria. Han caído soldados y han caído civiles. Aquellos como víctimas de su obediencia y disciplina, éstos por lo que creían ser un ideal, pero que para muchos era un lamentable error. Respetemos la memoria de los muertos. Oremos para que unos y otros hayan encontrado la misericordia infinita de Dios.

El apóstol San Pablo nos dice que así como hemos de alegrarnos con los que se alegran, hemos de llorar también con los que lloran.

En estos momentos hay muchos corazones angustiados por la muerte de un ser querido. Vienen a mi mente las lúgubres lamentaciones del Profeta Jeremías cuando exclamaba: "Se ha escuchado un lamento en Ramá, es Raquel que llora a sus hijos y no puede consolarse porque ya no están" (Jer. 31,15).

Consolemos nosotros a todo ser que ahora sufre la definitiva ausencia de parientes o amigos.

Seamos como el Buen Samaritano que curó las heridas de aquel viajero abandonado en el camino. Derramemos el bálsamo de nuestra bondad y comprensión en las heridas abiertas del alma. Enjuguemos el llanto de las madres, de las esposas, de las hijas y hermanas afligidas por la separación de la persona amada.

Comprendamos la tremenda tarea que deben realizar los gobernantes que ahora rigen los destinos de la Patria. Su responsabilidad es agobiante.

Hacer que Chile se encamine nuevamente por la senda del orden y del progreso será labor difícil, pero posible. Difícil porque como muy bien dijeron los Obispos de la Zona Central: "Chile parece un país devastado por la guerra".

Posible, porque Chile siempre ha tenido confianza en el honor y capacidad de las Fuerzas Armadas y Carabineros.

Los gobernantes nada podrán hacer sin la colaboración de los ciudadanos y a nosotros nos corresponde afrontar, a la medida de las posibilidades, la restauración de la Patria.

Son horas decisivas las que nos tocan vivir. Estos días quedarán marcados en la historia y nosotros también somos actores de cuanto acontezca. Debemos estar dispuestos a servir a Chile hasta el heroísmo. Es bueno señalar las palabras que don Bernardo O'Higgins escribía en una carta al General Mackenna: "El sentimiento que debe ser más grato a nuestro corazón después del amor que le debemos al Creador, es el amor a la Patria". (Carta del 5 de Enero de 1811).

Pidamos al Señor para que entre los habitantes de esta tierra amada haya paz y concordia. Clamemos a Dios para que bendiga a Chile. Sobre todo oremos fervorosamente para que los gobernantes tengan sentimientos humanitarios para evitar inútiles derramamientos de sangre, para que tengan luz a fin de dilucidar los problemas, justicia para obrar rectamente, fuerza y perseverancia para la titánica empresa que deben acometer.

Cada miembro del Gobierno deberá sentir las bellas palabras del patriota cubano José Martí: "La Patria no será nunca triunfo para mí, sino agonía y deber".
